ANNA TODD

SISTERS

LAZOS INFINITOS

UN FENÓMENO wattpad

Planeta

Edición no venal

Extracto

Título original: *The Spring Girls*

© Anna Todd, 2018
La autora está representada por Wattpad.
Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.
© por la traducción, Traducciones Imposibles, S. L., 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ilustración del interior: Planeta Arte & Diseño

Primera edición del libro completo: noviembre de 2017
ISBN de la obra completa: 978-84-08-17829-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SISTERS. LAZOS INFINITOS

Planeta Internacional

ANNA TODD

SISTERS. LAZOS INFINITOS

Traducción de Vicky Charques
y Marisa Rodríguez

Planeta

CAPÍTULO 4

Cuando Meg salió por la puerta, todas la seguimos. Mi hermana tenía algo que hacía que todo el mundo quisiera seguirla. Habría sido una gran política o actriz. Debía de ser algo en sus ojos castaños, o la seguridad que transmitían sus hombros femeninos.

No sabía qué era con exactitud, pero atraía a la gente como la miel a las abejas. Meg entablaba amistad con los chicos con mayor facilidad que con las chicas. Me dijo que era porque éstas se sentían amenazadas por ella. Yo no lo entendía. Personalmente, me intrigaba su sexualidad y me fascinaba la experiencia en la vida que destilaba por todos los poros. Le encantaba ser el centro de atención. Yo era todo lo contrario, pero admiraba su manera de ser.

—¡Vamos, chicas! —gritó Meg mientras aceleraba el paso.

La punta de mi bota tropezó en el marco de la puerta y me tambaleé hacia delante. Me habría caído de bruces si Beth no me hubiese agarrado con fuerza del codo hasta que me estabilicé. Conseguí impedir que el bolso que llevaba colgado al hombro cayese al suelo, pero no puedo decir lo mismo de mi nuevo ejemplar de *La campana de cristal* y de mi móvil. El teléfono resbaló por la pequeña pendiente

de nuestro camino de acceso y yo corrí tras él al tiempo que maldecía.

—Cuidado —dijo Amy burlona y con tono jocoso.

A veces me sacaba de quicio.

Alargué la mano para darle una palmada en el brazo, pero ella la esquivó y echó a correr por el sendero. Fui tras ella, la agarré de la larga manga de su jersey y tiré de ella hacia mí. Justo cuando soltaba un grito, levanté la vista y vi a un chico en el camino de acceso de la casa de al lado. Parecía de mi edad, o tal vez de la de Meg. Tenía el pelo rubio y largo por debajo de las orejas, y llevaba una sudadera de color tostado, el mismo color que la de Meg. Habrían ido vestidos iguales de no ser porque él llevaba unos vaqueros negros en lugar de azul claro. Su accesorio más destacable era su sonrisa de suficiencia. Estaba intentando no reírse de mí, y eso me habría cabreado de haber tenido tiempo de procesarlo.

—¡Jo! —gritó Amy mientras tiraba de mi mano y me hacía caer.

Mi rodilla golpeó el suelo con fuerza, y oí que Meg gritaba mi nombre. No me había dado cuenta de que Amy había caído ya al suelo. Pero ahí estaba yo, tumbada a su lado, rodeando su pecho con el brazo. Me latía la rodilla bajo los vaqueros rasgados, y la sangre manaba a través del roto en la tela negra.

Amy estaba riéndose, y Meg se acercó y me ofreció la mano. Beth ya estaba ayudando a Amy a levantarse. Cuando miré al otro lado del patio, el chico seguía observándonos. Se estaba tapando la boca, intentando ocultar la risa.

Me entraron ganas de enseñarle el dedo, y lo hice.

Él se rio con más ganas y, en lugar de apartar la vista, me saludó con la mano con una enorme sonrisa mientras

me ponía de pie y me sacudía los vaqueros. Siguió agitando la mano en el aire hasta que le devolví el saludo con el dedo aún levantado. Me había rasguñado la palma y me ardía.

—¿Quién es ése? —susurró Meg, y tiró de mi chaqueta para cubrirme la espalda.

Miré a mi hermana. Llevaba los labios pintados de rojo y tenía un aspecto impecable, todo lo contrario de mí, con mis rasguños y mis vaqueros rotos.

—No lo sé.

—Preguntádselo —dijo Amy.

Estaba recorriendo el camino de acceso a la casa del viejo señor Laurence.

—No —nos apresuramos a responder Meg y yo.

—¡Eh! —chilló Amy dirigiéndose al chico.

Ella era así.

Empecé a caminar, ignorando el dolor de la rodilla. Mis hermanas me siguieron por el sendero hasta la acera.

—¡¿Cómo te llamas?! —chilló Amy al desconocido.

Estábamos pasando por delante de él, y empecé a acelerar el ritmo todo lo posible.

—¿Y vosotras? —Y levantó la barbilla como diciendo «¡Eh!» o «¿Qué hay?».

—Acaba de levantaros la barbilla —les dije a mis hermanas.

Estaba convencida de que me había oído, pero me daba igual.

—Está... —dijo Meg, probablemente mirando su dedo en busca de un anillo de casado.

Desde mi punto de vista, parecía demasiado joven para estar casado. Puede que fuera mayor que yo, pero demasiado joven como para ser el marido de nadie.

Era muy distinto de los demás chicos con los que había salido Meg. Tenía el pelo largo, así que no era soldado, y Meg no salía con nadie que no fuera soldado. Ella era así.

El chico caminaba rápido, siguiéndonos. Yo quería acelerar para poner algo de distancia entre nosotros, pero no deseaba volver a caerme.

—Apuesto a que es el nieto del que Denise le hablaba a mamá —comentó Beth.

Siempre estaba al tanto de todo lo que pasaba en el mundo de los adultos que nos rodeaban.

—Probablemente —coincidió Amy.

—Dejad de mirarlo —les dije a mis hermanas con los dientes apretados.

Era como si estuvieran babeando como cachorritos.

—Parece la clase de chico que se lo monta con su novia de toda la vida sobre las hojas de los poemas que ha escrito para ella —dijo Meg, sin dejar de mirarlo embobada.

Sabía que había usado la expresión «se lo monta» porque estaba nuestra hermana de doce años al lado. Sabía qué quería decir, y sabía lo que los chicos con su aspecto hacían con sus novias, en plural.

—¿A que sí? —insistió Meg, y Beth y Amy asintieron.

Mis hermanas se echaron a reír, y Amy se plantó delante de mí y dio media vuelta.

El chico estaba a tan sólo unos pasos de nosotras. Cuando nos alcanzó, caminó al lado de Amy como si la conociera. Mantuvo nuestro ritmo.

—Ahora vivo en la casa de al lado.

—Me alegro por ti —le dije.

Se volvió hacia mí y me sonrió con unos dientes blancos y perfectos. Era un niño rico, sin duda.

—Bueno —ladeó la cabeza y su pelo rubio rozó la parte superior de su hombro—, alégrate por ti también. Estoy seguro de que seremos amigos.

Su voz tenía algo de acento, pero no estaba segura de cuál.

Su sonrisa petulante combinada con sus ojos negros me recordó al villano de los dibujos animados que echaban los sábados por la mañana.

—Lo dudo —respondió Amy—. Jo no tiene amigos.

El chico se echó a reír de nuevo. Amy se volvió y caminó a su lado, mirándolo directamente a la cara. La agarré del brazo y ella me dio una palmada. Me entraron ganas de soltarle un bofetón.

—Ya lo veremos —dijo él, y se apartó de nosotras.

Las cuatro nos volvimos hacia él, que regresaba sobre sus pasos. Nuestras botas negras formaban una línea en la arena, un presagio para ese nuevo vecino.

—¡Más te vale esperar sentado! —gritó Amy, y Meg la mandó callar.

Él estaba de nuevo en el camino de acceso justo cuando un coche se detuvo frente a la casa del viejo señor Laurence. Sin mediar palabra, se montó en el reluciente coche. Sonrió en nuestra dirección pero algo en el modo en que su mirada se ensombreció me hizo pensar que le dábamos un poco de miedo.

Bien.

A veces tenía la sensación de que éramos una fuerza de la naturaleza. En ese momento éramos un viento huracanado que se había formado para destruir una ciudad.

Vale, puede que eso sea algo dramático, pero éramos una fuerza de la naturaleza, las cuatro hermanas Spring.

CAPÍTULO 7

Meg

Ya estaba maquillada y acababa de terminar de secarme el pelo. Mientras esperaba a que Jo saliese de la ducha y me hiciera ondas en el cabello, cogí el libro que había deslizado debajo de mi almohada en Navidad. Sinceramente, no lo había abierto desde entonces, pero tenía unos minutos, así que abrí la negra cubierta y ojeé una página al azar. Decía:

mi parte favorita de ti es tu olor

Releí las palabras en un asombroso silencio, y después las volví a leer de nuevo, y las manos de Shia me vinieron a la mente. Siempre iba sucio; siempre estaba plantando cosas o ayudando a alguna anciana a cambiar los muebles de sitio o algo así. Siempre olía a tierra, como un jardín.

No me podía creer que hubiese vuelto y, peor aún, no me podía creer que estuviese pensando en él en aquellos momentos. John regresaría a casa dentro de unas semanas para verme. Debería haber estado pensando en sus manos, limpias y fuertes, y en el modo en que siempre olía a colonia fresca y a detergente.

A diferencia de Shia, John jamás habría llevado camisetas rotas o zapatillas sucias.

—¡Jo! —grité.

Eran las ocho y media, y todo el mundo empezaría a llegar a nuestra casa sobre las diez. Por «todo el mundo» me refiero a unos cuantos vecinos y sus hijos. No había invitado a ninguno de mis «amigos», ya que la mitad de ellos habían dejado de hablarme por un rumor que ni siquiera era cierto. Eso es lo que pasa cuando en el instituto te tildan de *puta* en una pequeña ciudad del ejército. Es algo que te persigue incluso después de la graduación. Lo cierto era que me daba bastante igual. Si de verdad hubiesen sido amigos míos, sabrían que yo jamás habría hecho aquello de lo que se me acusaba. En Fort Hood me sucedió lo mismo, y aquello fue mucho peor; el rumor que había corrido aquí parecía cosa de niños en comparación.

Aquella noche habríamos seguido nuestra tradición de celebrar la Nochevieja en casa, pero Jo y yo habíamos recibido a última hora una invitación para la fiesta de compromiso de Bell Gardiner en casa de los King, de modo que decidimos pasarnos por allí un rato y asegurarnos de que estaríamos de vuelta en casa hacia las once. Yo no quería ir, sobre todo porque temía que Shia estuviese allí, pero como la fiesta se celebraba en aquella inmensa hacienda, habría tanta gente que las probabilidades de encontrarme con él serían mínimas.

—¡Josephine! —grité de nuevo.

Mientras la esperaba, ojeé otra página del libro que me había regalado.

El poema era sencillo, y empezaba así:

cómo va a morir nuestro amor...

Aturdida, avancé un poco más.

no va a volver...

Bajo el poema, estaba escrita la palabra *marchitándome*, como si Marchitándome hubiese firmado el poema. Pensé en el ramo de flores que había sobre la mesilla de noche de la señora King. La tarjeta estaba firmada por Shia, y los rojos pétalos se habían marchitado. Rocé una de las flores y ésta se desmoronó y cayó sobre el mueble de madera. Recordé el modo tan repentino en que él se marchó y la cantidad de tiempo que desperdicié deseando que volviera.

En un intento de quitarme esas flores marchitas y los brillantes ojos verdes de la cabeza, cerré el libro de golpe y lo tiré sobre la cama justo cuando Jo entraba corriendo en nuestro cuarto.

—¡Ya estoy aquí! —dijo con una sonrisa.

Traía las manos cargadas. En una llevaba las tenacillas del pelo y en la otra, un puñado de 3D. Su cabello, largo y suelto, caía sobre sus caderas mientras avanzaba hacia mí, frente al tocador. Llevaba la cara rosada, recién exfoliada, y su piel pálida resplandecía.

Nunca me escuchaba cuando le decía la suerte que tenía de tener una piel tan perfecta. Beth y yo teníamos mucho acné, aunque el mío había mejorado bastante desde que había empezado a trabajar en Sephora, donde pude probar gratis los tratamientos más novedosos de las marcas mejores y más caras.

—Te queda muy bien ese maquillaje —comentó mi hermana.

Enchufó las tenacillas y yo me dividí el pelo y me lo recogí en lo alto de la cabeza para que pudiese rizarme la parte de abajo.

Miré hacia el espejo y le sonreí a mi hermana. Últimamente estábamos más unidas y estaba empezando a ver un cambio en ella. Ya no era la pequeña Josephine que salía corriendo de casa cuando el viejo señor Laurence atrapaba un mapache en una jaula y no lo liberaba. Estaba creciendo muy deprisa, y eso significaba que yo también. Estaba lista para ser mayor; detestaba encontrarme en el umbral de ser una mujer porque me sentía como tal, pero nadie me trataba como si lo fuera.

—Ondas grandes, por favor.

Jo asintió y se puso manos a la obra.

—¿Crees que Amy conseguirá quedarse despierta esta noche? —pregunté mientras ella comenzaba a rizarme el pelo.

Los mechones estaban calientes cuando los liberaba de las tenacillas y caían sobre mi hombro.

Justo cuando iba a responder, Amy irrumpió en nuestro dormitorio.

—Jo, Meg. Hagáis lo que hagáis, tenéis que contarme cómo ha ido la fiesta.

—Lo haremos. ¿Tratarás de permanecer despierta? ¿O estarás dormida cuando volvamos? —pregunté mientras Jo enroscaba otro mechón de cabello en el rizador.

Amy negó con la cabeza y revoloteó a nuestro alrededor. Cogió una barra de labios de mi neceser y se inclinó frente al espejo al tiempo que sus deditos quitaban la tapa y dejaban al descubierto el tono morado oscuro.

—Estaré despierta. —Amy giró el tubo una y otra vez como si estuviese intentando averiguar cómo usarlo—. Os lo vais a pasar genial. ¿Os habéis enterado de que Bell Gardiner se ha prometido? ¡Estoy deseando ver su anillo! Jolín, os lo vais a pasar mucho mejor que yo...

Suspiró pesadamente y se lamió los labios antes de pasarse la barra. Cuando hubo terminado, se irguió y se miró en el espejo.

—Va a ser una pasada. Y claro que lo sabemos, Amy: nos han invitado. —Jo puso los ojos en blanco.

Amy puso morritos de pena.

—Deja de restregármelo por la cara.

Lo cierto era que el compromiso de Bell Gardiner me traía sin cuidado, o ella en sí. Era un año mayor que yo, y se suponía que iba a trasladarse a Florida para ir a la universidad, pero sólo había llegado al barrio francés. Se rumoreaba que trabajaba en un bar en el centro de la ciudad, justo en mitad del barrio, en alguna parte entre las calles Bourbon y Royal. Cómo no, era camarera, como mi tía Hannah.

—¿Cómo de grande creéis que será el anillo? —preguntó Amy, danzando con sus piececitos enfundados en unos calcetines por nuestra pequeña habitación.

Jo y yo nos miramos a través del espejo.

—Por cierto, ¿con quién se ha comprometido? —preguntó ella.

Me encogí de hombros y cerré los ojos. ¿Quién sabía? Yo no, ni me importaba. Sentía lástima del pobre hombre que le hubiese pedido matrimonio. Podría dar un montón de razones por las que ella no me gustaba nada, pero la primera y principal era Shia. Habían salido brevemente durante el final de mi penúltimo año de instituto, el último de

ellos dos, y esas dos semanas fueron las más largas de mi vida.

—A saber. Será algún soldado —dijo Jo mirando a mi hermana pequeña a través del espejo.

Los ojos de Amy se iluminaron.

—¿Te lo imaginas? Todo el mundo tiene suerte menos yo —suspiró.

—¿Suerte? ¿De comprometerse a los veinte? —repliqué.

A pesar de mi respuesta maliciosa, yo había crecido deseando encontrar al amor de mi vida a una edad temprana y conseguir ser la esposa de alguien. Sabía que estaba celosa de Bell Gardiner y, aunque jamás lo admitiría ante mis hermanas, esperaba en secreto que John me pidiera matrimonio cuando volviese a casa de permiso en unas semanas.

Beth habló desde la puerta, donde estaba apoyada en el marco.

—Me alegro de no tener que ir y estar con toda esa gente intimidante pensando en algo que decir.

Detestaba estar entre la multitud. Me sentí un poco culpable cuando recibí la invitación de Facebook sólo para Jo y para mí, pero Beth prefería mil veces quedarse en casa con Meredith y Amy a estar en una fiesta plagada de gente conmigo y con Jo.

Le sonreí con empatía y volví a mirar a Jo.

—¿Vas a llevar eso esta noche? —le pregunté.

Ella asintió y observó su atuendo, todo negro. Vaqueros negros, camiseta negra. Una fina línea de piel pálida asomaba justo por encima de su cadera. No recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a Jo con un vestido. Seguramente había sido aquellas Pascuas en que

Meredith nos obligó a todas a vestirnos igual y a llevar las mismas cestas para hacernos unas fotos de familia. Uf..., eran horribles. Con toda probabilidad aparecerían en alguna lista de *BuzzFeed* de las fotos familiares más cursis.

—¿A qué huele? —preguntó Amy entonces, olfateando el aire.

Olía a quemado.

—¡Dios mío, Jo! —Aparté la cabeza de ella y vi un mechón de pelo que humeaba aún en el rizador.

Amy gritó todavía más fuerte que yo, y Jo dejó caer las tenacillas al suelo.

—¡Recógelas del suelo! —gritó Beth—. ¡Se va a quemar la moqueta!

Miré mi cabello y me pasé los dedos por el trasquilón.

—¡Lo siento! Es que... —empezó Jo.

—¡No puedo ir a ninguna parte así!

Mis ojos se inundaron de lágrimas y, por mucho que no quisiera gritarle a Jo, yo siempre sería esa chica a la que le importaba el aspecto de su pelo.

—Siempre lo fastidio todo —farfulló ella en un tono apenas audible.

Sus palabras sonaban tan tristes que me entraron ganas de consolarla. Pero seguí mirando el mechón de pelo que había quemado y no encontraba las palabras.

Amy se acercó a mí y se quitó el lazo que lucía en su pelo rubio.

—Toma, ponte esto. No se notará nada.

Acepté el lazo que me ofrecía y me lo puse en el pelo. Nunca me había puesto lazos, era demasiado mayor para llevarlos, pero aquel lacito negro en la parte delantera de mi cabello me daba un aire aniñado y provocativo.

Me miré en el espejo y enderecé la espalda. No podía dejar que mi pelo quemado me arruinase la noche. Seguía estando sexi. Me gustaba el contraste del maquillaje oscuro y el lazo infantil.

—Eres guapísima, Meg. Espero ser tan guapa como tú cuando sea mayor —declaró Amy.

Eso me hizo sonreír. Ahí estaba la pequeña Amy, proporcionándome esa confianza extra que necesitaba. Bell Gardiner estaría impecable. Sabía que sería así. Siempre lo estaba, y su prometido probablemente fuese algún caballero rico sureño, y ella se pasaría toda la fiesta alardeando de algún bonito diamante, y yo me pasaría la fiesta enfurruñada y recordándome a mí misma que yo también tenía a alguien.

«John volverá pronto a casa.

»John volverá pronto a casa.»

—John volverá pronto a casa —dijo Jo, robándome las palabras de la mente.

Sonreí ante su esfuerzo y metí los pies en los zapatos de tacón.